



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10859

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-jero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 17 DE MAYO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loretti rue Cassmartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

NI CON AYUDA

Ni solos ni acompañados logran los norte-americanos sus propósitos de desembarcar en Cuba. A cada desembarco que intentan precede una concentración de fuerzas rebeldes en sitio próximo, con objeto de coger á nuestros soldados entre dos fuegos; pero mientras los valientes que defienden la costa reciben á balazos á los yanquis, no falta nunca una columna que deshaga la combinación cayendo sobre los rebeldes y haciéndoles sufrir rudo escarmiento. Eso ha ocurrido en Matanzas, en Cárdenas y en otros puntos, lo cual demuestra que si los rebeldes y los yanquis se han puesto de acuerdo para operar unidos, los soldados no se descuidan para desbaratar sus planes.

En el primer ataque á Matanzas, por la escuadra del tío Sam, le locó al generalísimo en persona estar al quite para rematar la suerte; pero cayó sobre él el general Aguirre y tuvo que escapar de prisa para salvar la piel.

A Cárdenas concurrió Perico Delgado con el mismo fin; pero menos afortunado que su jefe, pagó con la vida su traición y su atrevimiento.

Ahora le ha tocado la vez á Mayía Rodríguez y á Collazo y el resultado ha sido igual para yanquis y mambises: si los unos han salido listados y han tenido que poner agua por medio, los otros no han salido mejor librados, pero sí más perseguidos.

Y hasta ahora la gran expedición sigue estancada en Cayo Hueso. Cada día va á salir enseguida para Cuba, pero á cada momento lo piensan mejor los yanquis y la expedición ni ha salido ni sale aun.

El tiempo pasa y Cuba sigue siendo española; y sigue perteneciendo á España Puerto Rico; y

Manila no arria la bandera á cuya sombra combate; y la escuadra española, cuyo paradero lleva preocupados á los almirantes de la Unión Americana, sigue burlándose de la escuadra volante y de la que manda Sampson frente á la Habana.

Para los confiados descendientes del tío Sam, lo que sucede pasa los límites de lo extraordinario. Ellos, los monopolizadores del dinero, los más fuertes, los que de nada escasean porque todo lo tienen sobrado, con un Sampson al frente de la escuadra y un Miles al frente del ejército casi están convertidos en juguete de cuatro barquitos que andan por ahí haciendo de fantasmas, y de una nación que apenas puede con la pesadumbre de sus deudas.

Para vencer á esos barcos y á esa nación, los poderosos piden ayuda á los tagalos en Filipinas y á los mambises en la región cubana; pero es inútil, porque ni con ayuda realizan su propósito.

Los barcos fantasmas se rien de las fantochadas de la escuadra enemiga y la nación se burla del tío Sam.

GLORIAS NACIONALES

Toma de Monte-Christi.
17 de Mayo de 1864.

La guerra á que dió lugar la voluntaria anexión de Santo Domingo á España, hallábase en un estado poco honroso para las armas españolas, en verdad por bien distintas causas; los pocos partidarios que en nuestro ejército tenía la conservación de la isla, las ventajas que las traiciones dieron á los rebeldes, los socorros que de Haití recibían y los desaciertos, acaso intencionados, que algunos militares, dominicanos la mayoría, registraron, fueron causas que ayudaron, en no pequeño grado, á los insurrectos.

Para enviar un refuerzo de 10000 hombres á los españoles que en el terri-

torio dominicano peleaban y para apoderarse de Monte-Christi y su puerto, por ser punto en que arribaban casi todos los auxilios enviados desde Haití, sólo distante cuatro horas, preparose en Santiago de Cuba una expedición, cuyo mando tomó en Manzanillo el general D. José de la Gándara, la cual llegó á Santo Domingo el 16 de Mayo de 1864, desembarcando en la ensenada que limitan las puntas de Icacos y Yunas, dos leguas distante de la población de que pretendían apoderarse.

Al amanecer del día 17 púsose en marcha la expedición, protegida por la escuadra; y después de tres horas de penosa marcha por un inmenso arenal, abrasado por un sol digno de aquellas regiones, llegaron á la desembocadura del Yaque, separados de Monte-Christi por el caño de Santiago.

Al lado opuesto de tal obstáculo esperaban los dominicanos tras de una gran barricada, armados de cañones y de buen número de fusiles; esto no obstante, y además exponiéndose á perecer ahogados por la mucha agua que fluía el caño, vadearonlo con gran valentía, llegando á la otra orilla sin novedad, aunque tuvieron que pasar á brazo las piezas y municiones de la batería de montaña que llevaban, amen de resistir el fuego que los insurrectos hacían, aunque fué poco, debido á que á los primeros cañonazos de la escuadra abandonaron la mencionada trinchera ó barricada.

Organizados los dos primeros batallones que llegaron á tierra, mandados por los tenientes coroneles D. Demetrio Quirós y D. Manuel Segura, el coronel jefe de ellos, D. Rafael Izquierdo, recibió orden de atacar las defensas que rodeaban á Monte-Christi, para en combinación con otras fuerzas apoderarse de la ciudad.

El ansia de pelea y de laureles hizo á los dos batallones no cumplir las órdenes de Gándara; pues sin esperar á las fuerzas del conde de Valmaseda, que habían de apoyar su flanco derecho y envolver la izquierda enemiga, ni á las del brigadir Pelaéz, encargadas de acometer á los contrarios por la derecha, para esterbarles la retirada, á pecho descubierta y sin apoyo de ningún género, sus bravos soldados, con temeraria precisión y arrojo, recorrieron los 1400 metros que distaban de la pobla-

ción, y á la bayoneta acometieron á los 3000 dominicanos que la defendían, haciéndoles abandonar las casas, primero, y después las alturas en que se parapetaron.

Los ba'allones que llevaron á cabo tan intrépido hecho, fueron el de cazadores de «La Unión» y uno del regimiento de la «Habana».

Maese Rodrigo.

(Prohibida la reproducción.)

Crónica Madrileña

Sumario: Buena semana.—Aprendan los yanquis.—La corrida patriótica.—Recuerdo inolvidable y cuadro incoapable.—Frutos.—Sin isidros.—Cuanta tristeza.—La raza latina y España.

Aunque no con los reflejos y con la potencia que todos deseamos y á que tan acostumbrados nos tiene el dios Marte, el sol de las victorias ha lucido esplendorosamente para España en los días últimamente transcurridos.

Rasgó con sus rayos poderosos las nubes que lo ocultaban, y brilló en San Juan de Puerto Rico, en Matanzas, en Cárdenas, y en Cabañas; para hacer ver á los equivocados yanquis en cuán grande error vivían al creernos tan débiles de corazón como de elementos, al par que para abrillantar con nuevas luces los colores de nuestra siempre gloriosa bandera y para dar, aunque no les hace falta, más calor y fortaleza á nuestros soldados.

No crean en victorias fáciles los yanquis, pues no en todas partes hay neutrales traidores, ni barcos de madera que luchen con grandes acorazados.

En Puerto Rico y Cárdenas, la artillería, y en Cienfuegos, y Cabañas, la infantería, han contestado con valentía y éxito á las agresiones, logrando el arrojo y la buena puntería de nuestros infantes y artilleros rechazar los intentos de desembarco que han hecho.

Si principiásemos la guerra con un glorioso desastre, como ahora se está probando, no fué por culpa de los defensores de la Patria, por lo tanto, no canten victoria los yanquis por lo de Cavi-te, pues además de que aun está la pelota en el tejado, pudiera ocurrir que en los mares de las Antillas recibieran

su merecido, con dureza y con creces, los modernos piratas.

Habana, Puerto Rico, Matanzas, Cárdenas, Cienfuegos, y Cabañas, han roto la marcha, y así que, valiéndonos de frase vulgar, bien podemos decir que el melonar ya se ha empezado.

Animo, pues, que el melonar es abundante en frutos, y si nuestros artilleros le meten mano como es debido á los melones, el botín será riquísimo.

A las alegrías de las victorias se han unido en Madrid otras alegrías, si bien no tan hermosas: las motivadas por la corrida de toros á beneficio de la suscripción nacional.

Espectáculo más hermoso no lo hemos presenciado en nuestra vida; ni creemos lo hayan visto muchos de los dichosos que nos acompañaron en el saboreo de tan buen manjar.

Nunca hemos visto en la plaza de toros tanto público, ni tanta niña bonita, ni tantas flores, ni tanta alegría. De todo eso había en abundancia, y no decimos que á montones, porque allí había un solo montón, tan grande, que no cabía toda la plaza.

Son muchos doce toros; pues como el hubieran lidiado solamente los de ordinario: nadie sentía fatiga ni deseo de abandonar la plaza.

Al vernos rodeados de tanta belleza y de tanta alegría, y por ende, presenciando una corrida de primera, mal gusto hubiera demostrado el mortal que abandonara la plaza antes de que el espectáculo se terminara.

Y si el cuadro plástico que ofrecía la plaza era por demás bello; y si la lidia de los doce astados fué de lo mejor que se ha visto, no fué menos bello ni subyugador el desfile.

Forjaros en vuestra imaginación, queridos lectores, una calle muy ancha y recta, ocupada por compacta masa de seres humanos, femeninos no pocos, y de éstos, con caras hermosas los más, que entre risas dejan salir de su boca frases que son disparos de gracia; forjaros, además, abierta una estrecha calle en tal masa, calle por la que se deslizan coches de miles clases, todos arrastrados por hermosos brutos ricamente enjaezados, y que hacen sonar los cascabeles de sus arneses; todos cargados de mujeres bellísimas, que envían sonrisas por doquier, estableciendo así co-

CARLOS II EL HECHIZADO

807

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 806

CARLOS II EL HECHIZADO

803

fiado, cae de repente en un abismo; pensad en esto, y tendreis lástima de mí. Ana, os hablo así, porque un pensamiento horrible me dice que esta será la última vez que oiréis mi voz sobre la tierra; yo no sé.... oreo que no volveré á veros, porque ¿qué espero aquí sin poderos dar el dulce nombre de esposa? ¡Oh! no tembleis; no derrameis lágrimas; yo soy el único ser desgraciado.... Martín, prosiguió volviéndose á su hermano; ya lo oyes.... ella no me ama.... no la hagais infeliz. Es preciso conformarnos con lo que ha dispuesto Dios ó la fatalidad; acaso su corazón sea de otro ser más dichoso.... y entonces....

El pobre poeta no pudo proseguir; cuando concluyó de hablar lloraba como un niño.... ¡La amaba tanto!

Ana oyó sus últimas palabras, y el rubor inundó sus mejillas. El remordimiento le hizo lanzar un grito.

—¡Será cierto! exclamó Martín mirándola.

—¡Qué! contestó la desgraciada.

—¿Que amas á otra persona?

Tan brusca había sido esta pregunta, que la jóven no pudo disimular. Además estaba decidida á revelar toda su desgracia en caso de que no tuvie-

imaginación. ¡Ay! Yo en otro tiempo había soñado con una esperanza divina. Desde que era niño, desde que nuestras miradas y nuestros alientos se confundieron en los juegos de nuestra infancia, creí que algún día os daría el dulce nombre de esposa. Después se sancionaron mis deseos con el voto de nuestros padres, y desde entonces, Ana, creí tener sobre vos no solamente el derecho de la fraternidad sino el derecho del amor. Aquella ilusión que fué creciendo en mi alma á medida que los años iban pasando; aquel delirio al que dediqué todos mis pensamientos después de Dios; aquella existencia immaculada, luz brillante y fugitiva que ha dejado un rastro en mi mente como la fúnebre afeñ de una cometa; todo esto era mi esperanza, mi amor, mi porvenir, amontonados sobre nosotros como un promontorio de flores. Yo, pobre de mí, interpretaba vuestras risas, vuestra lenguaje, vuestras miradas y vuestros suspiros, como otras tantas pruebas de amor; y satisfecho con esto jamás os importuné, porque creía que seriais mi esposa.... ¡Oh! pensad en vuestro corazón cuán grande habrá sido el desengaño. Figuraos, Ana; á un hombre que emplea todo el tiempo de su vida en trepar á una cumbre donde está la felicidad, y cuando llega á lo alto, cuando va á sentar el pie en el sitio que había so-

asombro; algo de extraordinario pasa en su interior. ¡Oh! Acabemos de una vez.

Y con el rostro adusto, la mirada sombría, pálido por la emoción, se separó del lazo en que le oprimía su hermana, fijando en ella sus atónitos ojos.

Millán permaneció en silencio presenciando aquella escena, pero el dolor le ahogaba.

—Ana, prosiguió Martín, tu conducta es incomprensible en este momento solemne. Mucho tiempo hace que murieron nuestros padres, y desde entonces yo he sido el tuyo; éramos niños, hermanitos, cuando rodeamos su lecho funeral y prometimos cumplir sus deseos. Ya sabes que el principal de ellos fué el que te unieses con Millán Pantoja.... ¿Por qué te resistes á la voluntad suprema de quien te dió el ser?

La desventurada Ana, vacilante y próxima á desfallecer, conoció que era el blanco de las justas reconvenciones de sus hermanos, y sólo pudo contestar:

—¡Oh! yo soy indigna de pertenecer á Millán.

—¡Indigna de pertenecerme! gritó el poeta acercándose á ella.

—Sí.... ¡Dios mío!...

—Ana, contestó Martín, eso es una súplica de mi género; es un medio por el que descubro que algo